**Tercera palabra: “HE AQUÍ A TU HIJO; HE AQUÍ A TU MADRE”**

"Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa." El evangelista Juan al describir la escena de la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo, presenta a la Santísima Virgen María con el sustantivo de Madre “Junto a la cruz de Jesús estaban su madre” y con el de Mujer citando las mismas palabras de Jesús, que al entregar su madre al discípulo a quien amaba dice “mujer, ahí tienes a tu hijo”, madre y mujer son los dos títulos con el cual el evangelista Juan presenta a la Santísima Virgen María. Todo acontece a los pies de la cruz donde María y el discípulo, que son figura de la iglesia y de la humanidad redimida, contemplan a “Dios y Hombre verdadero” sufriendo injustamente, cargando con la maldad del hombre; pero también contemplan a Aquel que puede “amar hasta el extremo”, a Aquel que va en busca de la oveja perdida desafiando el misterio del mal, a quien puede “amar hasta a los enemigos”, los pecadores, los asesinos y violentos amantes de la guerra y de la división, los pornográficos y placenteros que usan a las personas como objetos, los ávidos de poder y de ambición dispuestos a todo, los falsos y mentiros incapaces de anunciar la verdad y sus valores, los egoísta cómodos mediocres en su vida para sí.

En la escena del crucificado está el misterio del mal que a pesar de todo no consigue destruir el Bien, Dios es amor, y la maldad demoníaca que habita en el corazón del hombre, no consigue destruir el Amor, que se difunde a pesar de todo, y más aún incluso crece, como el trigo en medio de la cizaña. Vemos que la cruz, entendida como sufrimiento humano, como dice san Pablo a los corintios, es escándalo para los soberbios y duros de corazón, y locura para los mundanos paganos, pero para todos los hombres que como María y el discípulo amado saben detenerse frente al amor de Dios, es sabiduría de Dios y fuerza de Dios.

La cruz como un instrumento de maldición viene a ser el instrumento del amor más grande nunca visto; exactamente lo que el mundo desde siempre rechaza, lo que nadie quiere, lo que nos induce a rechazar a Dios, es lo que nos pone de frente a nuestra realidad de impotencia y de ser limitados, para que nos abramos a esta sabiduría y fuerza que viene de Cristo crucificado; hay una verdad existencial donde el ser humano se juega la felicidad, que es aceptar ser limitado, de ser creatura, ser persona, no omnipotente. María y el discípulo amado están bajo el árbol de la cruz, donde Jesús está mostrándoles que el hombre “de cualquier árbol del jardín puede comer, más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio” (Gn 2,16-17). En efecto, en este árbol de la cruz Cristo carga sobre sí el gran engaño de la humanidad, carga sobre sí la muerte ontológica que entró al corazón del hombre al querer ser como Dios y decidir por sí mismo lo que es bueno o malo, como dijo la serpiente a la primera mujer Eva bajo el árbol del bien y del mal “De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiérais de él, se abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal” (Gn 3,4-5), este drama fue y es la causa de que el hombre se enfermara de muerte. Esta escena del Hijo de Dios crucificado injustamente y de la Santísima Madre al pie de la cruz con el discípulo amado, es una diagnosis profunda del ser humano en su interioridad cuando rechaza a Dios, diagnosticamos una enfermedad de espíritu y cuerpo, es la enfermedad que ataca el corazón y que lo embrutece con el mal, y lo peor que pueda pasarle a un ser humano y a una sociedad, y más aún a la humanidad cada vez más globalizada, es la falta de amor a Dios y al prójimo, especialmente al más débil y vulnerable, por eso podemos parafrasear diciendo que: sin los límites amorosos y los No sabios de Dios Creador y Padre, sin los mandamientos de Dios que en nuestro actual lenguaje más que derechos son deberes, somos unos enfermos en amar.

Ya nuestro querido papa Francisco en su encíclica “Laudato Si” del 2015 decía: “*El hecho es que «el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto», porque el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un* ***desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia****. Cada época tiende a desarrollar una escasa autoconciencia de sus propios límites.* ***El ser humano no es plenamente autónomo. Su libertad se enferma cuando se entrega a las fuerzas ciegas del inconsciente, de las necesidades inmediatas, del egoísmo, de la violencia.***” (Laudato si n. 105). Nuestro papa Francisco nos recuerda que el hombre si no tiene una ética que le pone límites, si no crece en responsabilidad, valores y conciencia, se enferma y comienza a usar mal su libertad, promoviendo antivalores; en efecto, si Dios dice amor, castidad, donación, el hombre moderno dice poder, sexo libre, tener; si Dios dice vida en todos sus aspectos desde la concepción hasta en las situaciones de enfermedad o discapacidades, el hombre dice muerte, o cultura de la muerte con sus ramas como el aborto, la eutanasia o la eugenesia que no deja espacio a personas como los niños con síndrome de dawn u otros niños que son ángeles de bien para sus familias; Y si Dios dice verdad, o confrontación leal entre ciencia y fe, si dice valores y desarrollo, o deberes y derechos, o respeto de las religiones; el hombre moderno actual dice todo es relativo todo “depende”, dice pensamiento único y dominante, solo derechos, solo ciencia sin moral, solo ateísmo o intolerancia con las religiones; Si Dios dice familia como una unión entre un solo hombre y una sola mujer, si dice perdón y reconciliación, si dice amen los hijos, si dice complementariedad en la diversidad, comunión o comunidad de personas distintas; el hombre moderno dice de frente a las dificultades familiares divorcio, separación o incompatibilidad, dice frente a la natalidad primero carrera, bienes y luego hijos, dice género como una construcción mía, yo me puedo autodefinir con el tiempo a pesar de que la genética o la biología de mi cuerpo contradiga lo que pienso o percibo, dice todos iguales, todos uniformes, dice que las diferencias generan desigualdades, rechazando así el modelo de la misma naturaleza que con los ecosistemas y sus biodiversidades, que funcionan con una perfección única y con orden como si fueran sinfonías, sin que ninguno se sienta excluido o diferente o menor del otro, nos da una lección de cómo tenemos que convivir en la verdad. Bien lo decía Cristo en el evangelio de San Mateo al decirles a los fariseos “Raza de víboras, ¿Cómo podéis vosotros hablar de cosas buenas siendo malos? Porque de lo que reboza el corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas y el hombre malo, del tesoro malo saca cosas malas.” (Mt 12,34-35) María es la mujer, la bendita entre las mujeres, y es la madre de Dios, es madre de todos nosotros que intercede ante su Hijo, ella doliente sigue contemplando en su Hijo crucificado como el hombre mata a Dios en su corazón, ella representa nuestra patria, representa a las miles y miles de mujeres y madres que desde aquí y desde el cielo están contemplando como en los corazones de sus hijos se crucifica a la verdad, al amor, a los valores, a Dios mismo. Me recuerda la frase de muchas madres, me recuerda la constitución de nuestra madre patria, al decir “Hijo yo no te enseñé eso” ¿quién te lo dijo?, ¿acaso el dios dinero?, ¿acaso poderes estatales o extra estatales?, ¿acaso las ideologías modernas ateístas? El discípulo amado es la otra cara de la medalla, el hombre perdonado en sus errores puede volver a Dios y sanar su corazón y su libertad, puede volver a su madre María, poder volver a su madre patria, al acoger en su corazón sus verdaderos origen y raíz, el de ser hombre y mujer creados a imagen y semejanza de Dios. Dios es amor y es la Verdad y quien rechaza a Dios lamentablemente rechaza al amor y rechaza la verdad, pero al acogerlo nos diría nuestro padre de la patria Juan Pablo Duarte “conoceréis la verdad y la verdad os hará libre” (Jn 8,32).

Dios que nos ama tenga misericordia y nos bendiga.